

esta primera funcionalidad); como regla de contención —o higiene— del pensamiento (se trata de reparar, pues, en los puntos débiles a la hora de contrastar la solidez del salto de la fase crítica de la filosofía anterior —superada— a la fase constructiva de la nueva filosofía —proyectada—) y, por último, como un ejercicio en el que perspectiva histórica (*ergo* cultural) se abre paso luego del tránsito operado desde la metafísica a la ética.

La presentación de este fecundo estudio de Alemán Laín en que se describe, entre otras cosas, el papel de la idealización en el filosofar, como un *Psicoanálisis de la Filosofía*, que permite emparentar el filosofar con la estructura psíquica neurótica, propicia conjeturar en sentido análogo en torno a la «sublimación» como *Psicoanálisis del quehacer artístico*: en tal caso no sabríamos bien si emparentar el arte con la psicosis (el método paranoico-crítico daliniano podría apuntar en esa dirección) o con la perversión (tal vez el *Art Brut* de Jean Dubuffet podría prestar cobertura a esta otra posibilidad).

Terminamos por decir, como una nueva «vuelta de tuerca» (*The Turn of the Screw*) a lo Henry James, que el tránsito sugerido esta vez podría tener lugar de la ética a la estética: la acción de conjeturar en que hemos acabado enredados se detiene, al menos intentamos sujetarla, con el parafraseo nietzscheano a propósito de *nulla ethica sine aesthetica* (¿y/o viceversa?). – LUIS BUENO OCHOA (lbueno@icade.comillas.edu)

LANCEROS, P., *Apocalipsis o Libro de la revelación*. Edición bilingüe de Patxi Lanceros. Con las 26 ilustraciones originales del taller de Lucas Cranach. Madrid, Abada, 2018, 234 págs.

No es exagerado afirmar que uno de los edificios más visitadas en nuestro país desde el lejano siglo XII es la Catedral de Santiago de Compostela. Y en ella, una de las obras que mayor atracción despierta es el Pórtico de la Gloria, obra del Maestro Mateo que compone en piedra ese momento triunfal del juicio final en el que se reordena la creación mediante la justicia divina que

salva y condena. Toda la escena, incluido el espectacular coro de los veinticuatro ancianos, hubiese sido imposible sin el libro que, como ningún otro, ha traspasado la historia de nuestra cultura: el Apocalipsis escrito por Juan, hermano de Santiago el Mayor, los hijos de Zebedeo según la tradición cristiana.

Pocos textos, por no decir que ningún otro, de nuestra tradición cultural han ejercido la influencia y padecido los problemas que este enigmático libro, escrito probablemente a finales del siglo I en algún rincón de Asia Menor por alguien que afirma ser Juan y haber recibido *la revelación* de la que da cuenta en esta obra. Obviamente, hablamos de un texto teológico, vinculado a una fe y con intención de alimentarla, presumiblemente en condiciones tenidas por muy adversas por sus presumibles destinatarios. Un texto que, además, resulta extraño en el conjunto de los libros que componen el Nuevo Testamento, tanto por su tono (la apocalíptica, si es que fuese un género literario, no es un género cultivado en ese grupo de libros, sino más propio del Antiguo Testamento o del período inter-testamentario), como por sus referencias teológicas y su propia elaboración de unas temáticas muy alejadas de los demás textos del NT. Es ahí, en esa extrañeza, incluso incomodidad, que está en el texto y en su contexto, donde la traducción y el estudio inicial que ofrece la edición que comentamos, manifiesta todo su potencial. Porque además de un texto teológico, una y mil veces comentado, el *Libro de la Revelación* es también un libro cuya influencia en la configuración del imaginario político, cultural, cultural, temporal y simbólico de nuestra cultura no tiene parangón. Desde los famosos “beatos”, pasando por el pórtico de la Gloria, la escena del juicio final de la Capilla Sixtina, las ilustraciones de Lucas Cranach (magníficamente reproducidas en la presente edición), y hasta Beckman, Dalí o Paul Klee, el arte ha bebido copiosamente de esta fuente. Desde que Agustín de Hipona escribiera *La Ciudad de Dios* y se fraguase la teoría de las dos espadadas en el medievo, el ejercicio del poder y el arte de la política quedaron marcados por la tensión entre el derecho y la justicia,

entre el orden y la violencia de una cierta conformación sociopolítica. El “mesianismo” o las diferentes variantes de milenarismo y quiliasmos diversos que han surgido en diferentes momentos de nuestra historia, hunden sus raíces en una obra que une el principio con el final, precisamente porque ese final es, simultáneamente, un comienzo, el de “los cielos nuevos y la tierra nueva”.

Más allá de las quizá habituales referencias teológicas, la edición de Abada centra la atención precisamente sobre esa filosóficamente relevante y no lo bastante explorada e ingente repercusión política de este texto. Realizada con un rigor y una minuciosidad palpables, la traducción de Patxi Lanceros da perfecta cuenta de la aspereza y rugosidad del griego escrito en el original, ciertamente un idioma que el autor no tenía como lengua materna y que además somete a un esfuerzo ímprobo en lo tocante al uso de los tiempos verbales, de todo punto inapropiados para hablar de la eternidad, que por definición es lo otro del tiempo. Es un acierto proponer una edición bilingüe que tiene todo el sentido precisamente para dar cuenta de esta tensión constante en un tiempo que se rompe para retirarse e inaugurar la eternidad. Sobrecoge especialmente la nitidez, rotundidad y viveza de las imágenes de un juicio que despliega sin ambages poder y violencia. La transformación del cielo y la tierra, la justicia que anuncia la acción divina —en tantas ocasiones tan humana— es un enorme ejercicio de violencia, brutal, en el que paradójicamente asoma, se realiza y presenta la salvación. No hay rastro de la misericordia de la que se dice hizo gala el nazareno durante su paso por el mundo. La urgencia de la justicia divina, el aliento de la promesa que aspira al cumplimiento cabal y completo en la parusía, no tiene tiempo para las sutilezas teológicas que el evangelista homónimo desgranó en otro texto y en muy diferente contexto, lejos de la prisión y la persecución que parecen aquejar al Juan de este relato. La dureza del juicio y sus imágenes abren el inicio de un mundo en el que no hay lugar —ni tiempo— para la falsedad y la iniquidad de este otro que tan bien conocemos. De estas y otras peculiaridades da buena cuenta Patxi Lanceros en

las muy nutritivas y magníficamente bien informadas páginas del estudio preliminar, que tocan todos los matices, todos los resquicios, todos los temas, sobre los que merece la pena detenerse cuando de *Apocalipsis* se trata. Temas que, por otra parte, ya había abordado este filósofo profesor en la Universidad de Deusto en libros como *Orden Sagrado*, *Santa Violencia* o *Fuera de la Ley*, ambos en esta misma editorial.

Lo cierto es que *Apocalipsis* es uno de los libros más complejos, más inspiradores y más comentados de nuestra tradición judeocristiana, y decisivo en la forma en que hemos pensado y ejercido la política en Europa desde el siglo II al menos. Esto bastaría para justificar una edición como esta, y, sin embargo, no es suficiente. Vivimos en una sociedad secularizada, es decir, distanciada en las formas —que no en el fondo de su imaginario— de la cuestión religiosa. Hemos pretendido la separación formal de la esfera pública y de la esfera religiosa. Además, hay buenas razones para una suspicacia de tintes anticlericales que no es posible obviar, lo cual desaconsejaría una aventura editorial de este calibre. No obstante, o precisamente por todo ello, renovar una mirada sobre uno de los hitos más sobresalientes de nuestra tradición, rescatarlo de sus habituales clichés receptivos para refrescar su lectura y su interpretación, su recepción renovada, es una tarea de primer orden. Poner de relieve las aporías que anidan en las raíces de nuestro pensamiento político, oscilante entre la salvación y la destrucción desoladora, no deja de tener un enorme interés en estos tiempos de interregno, como los llamara Zygmunt Bauman, tan propicios a los cantos de sirena como al ejercicio impúdico pretendidamente inevitable y legítimo de diversas formas de barbarie, de la más descarnada a la más sutil: hambre, guerra, muerte, peste.

A pesar de que el estudio preliminar nos deja en las mejores condiciones posibles para abordar la lectura de la renovada traducción de *Apocalipsis*, no es menos cierto que los problemas que se enuncian relativos a la comprensión y ejercicio del poder, al modo en que establecemos, cultivamos, reformamos o destruimos órdenes sociales

y relaciones políticas, cómo comprendemos la justicia o de qué manera proyectamos el futuro y nosotros en él, quedan flotando en el aire. Es de desear que el autor cumpla su promesa —o al menos su anuncio— y más pronto que tarde podamos disfrutar del estudio que espera poder publicar bajo el título provisional de *Poder y Tiempo*, del que cabe esperar algo más de luz sobre todos esos temas tan de nuestro tiempo, tan de nuestra tradición y urgentes para nuestro inmediato futuro... quien sabe si también con alguna esperanza de avances de redención. – JAVIER MARTÍNEZ CONTRERAS (javier.contreras@deusto.es)

PALACIOS, LEOPOLDO-EULOGIO, *Estudios sobre Bonald*. Madrid, Ediciones Encuentro, 2019, 94 págs.

El pensamiento político contrarrevolucionario supuso la reacción suspicaz frente al modelo político emanado de la Ilustración y de la Revolución Francesa. Entre sus abanderados figuran pensadores de la talla de De Maistre, Bonald o Donoso Cortés. Pese a que la altura intelectual de estos autores ha quedado en ocasiones eclipsada por una atención menor, cuando no peyorativa, su pensamiento antropológico y político evidencian una reflexión teórica de indudable profundidad y erudición. El reproche hacia el mito ilustrado del progreso indefinido y hacia las pretensiones abstractas de carácter universalista de la Revolución Francesa en ocasiones han asimilado el pensamiento contrarrevolucionario con el conservadurismo de Burke y Chateaubriand. No obstante, el conservador aceptaría la inevitabilidad del cambio, al que dulcifica al apostar por el gradualismo para consolidar el *statu quo*. El reaccionario, en cambio, propugnaría el regreso a una época anterior de venturosa armonía —una edad de oro tristemente desvanecida que deberíamos recuperar de nuevo—. Por este motivo, por la posibilidad de descubrir con mayor profundidad una de las fuentes intelectuales del pensamiento político contrarrevolucionario, cabe celebrar que Ediciones Encuentro haya recuperado dos breves textos que el académico y doctor en filosofía

Leopoldo-Eulogio Palacios (1912-1981) dedicara a Louis Gabriel, vizconde de Bonald (1754-1840). Ambos estudios sientan las bases de una posible obra que el profesor Palacios planeó escribir sobre el contrarrevolucionario Bonald y que lamentablemente no llegaría a culminar.

El primero de los textos, «Bonald, o la constitución natural de las sociedades», corresponde a un artículo publicado en la *Revista de Estudios Políticos* en el número 45 (1949) en sus páginas 55-100. Palacios no expone lo ya sabido, esto es, el pensamiento reaccionario de carácter teocrático y metafísico de Bonald. Por el contrario, apunta al fundamento prepolítico de la filosofía política del autor francés, sustentada en la teoría del lenguaje. Ahí descansa el valor de este artículo, en la defensa de constituciones naturales frente al contractualismo entendido como origen de una naturaleza individualista del hombre y de una organización contemporánea del poder político. A juicio del vizconde de Bonald, estas constituciones naturales estarían sustentadas en cuatro elementos que le dan sentido: (1) el hecho natural del lenguaje; (2) las grandes categorías sociales y sus combinaciones; (3) la monarquía como sociedad naturalmente constituida y (4) las analogías entre fenómenos políticos y religiosos. En primer lugar, el carácter natural del lenguaje llevaría a Bonald a aseverar que su origen no puede ser un mero invento humano. Así, Dios otorgó al hombre el conocimiento a través del lenguaje —transmitido por la tradición y preservado por las instituciones— en el momento de crear la sociedad. Por tanto, el lenguaje necesariamente procedería de una Revelación de Dios. En consecuencia, si el hombre es naturalmente social merced a la Revelación, la arrogancia revolucionaria que planea erigir un mundo nuevo sobre los rescoldos del anterior supondría un pecado contra Dios, el hombre y la naturaleza. Impugnar la abstracción enlazaría con la defensa que Bonald realizó de la experiencia concreta, la sabiduría providencial y el carácter irracional del hombre frente a modelos abstractos de perfección geométrica postulados por el orden revolucionario. De ahí que el origen de las ideas, de las